

XVIII

Verano.

QUÉ dice *la calor*?—es el saludo que diariamente se dan en todo el rigor de la canícula los vecinos, con pañuelo en mano, respiración jadeante, carnes sudorosas y un ¡uf! lanzado con la potencia de resoplido de fuele.

Efectivamente: el termómetro marca á la sombra 35 grados centígrados; y en los meses de calores la temperatura media es de 29 grados y la mínima de 23; las losas de aceras y corredores son ascuas, y las habitaciones hornos de cremación. ¡Las fraguas de Pedro Botero! El agua es el único elemento que se opone á una tan alta temperatura; pero resulta un recurso momentáneo; pues sería asunto de estarse con el agua al pescuezo las doce horas del día y las otras tantas de lo noche, volverse acuático por una temporada; y como estas metamorfosis no entran para nada en la contextura de nuestro

CAPÍTULO XVIII

prójimo, habremos de bañarnos de sudor cuando estamos en tierra y de agua cuando en el río nos zambucamos.

Los baños se necesitan diarios, ó, por lo menos, nocturnos; para ellos no se andan los bañistas con indumentarias de modas, no necesitan de casetas, sobran los bañeros y faltan los balnearios; con ligera toalla, abundante estropajo, y más abundante y blando y oloroso jabón, bien puede una joven lanzarse á la pérfida onda sin temor de miradas indiscretas que curiosean desde la orilla, sin rivalidades de pantorrillas y cintajos, muy dueñas del agua y muy señoras de la *bañadera*.

Dentro de la bañadera—estacada hecha á orillas del río, cubierta de palmas y techada de lo mismo—no temen á ningún Acteón, que por aquí no se conocen Acteones, aunque pueda haber alguna Diosa cazadora.

Los muchachos si usan de adminículos para ir al baño, si así puede llamarse al redondo *tecomate*, que en su uso habitual traga agua por dos barrigas como viajero dromedario; este *tecomate* á la cintura lleva un grueso cordón, cordón que ya quisieran sayales de frailes franciscanos y carmelitas descalzos, doble y fuerte, á modo de que resista el peso del cuerpo del muchacho cuando se aventura por la líquida superficie pateando torpe y chillando medroso en medio de ejercicios tímidos de natación.

Y el calabazo—que no es otra cosa el *tecomate*—tan pronto sirve al incipiente nadador para sus baños cotidianos, como se emplea para largas jornadas de romeros que van á pagar *promesas* á «El Señor del Buen Viaje» ó á la «Virgen de Cate-maco;» se utiliza de salvavidas y hace oficio de botijo; su uso está en el agua y para el agua; por algo no lo tiene á menos el tan milagroso cual Santo «Niño de Atocha.»

Es el Papaloápan un caudaloso río que mide trescientos cincuenta metros de ancho cuando está en su centro; corre á orillas de la población, amenazándola en la época de las lluvias con impetuosos desbordamientos; tenemos á mano agua para apagar el incendio de Troya, y, para no ir más lejos, hasta el de la cesariana Roma; pues bien ¡quién lo creyera! co-

nozco hijo del terruño —y nombro uno para no decir de muchos—que no ha recibido más aguas sobre sí que la del bautizo en la mollera y la de inesperado chaparrón sobre las ropas; son tipos que huyen del agua con el mismo horror que



los felinos lo hacen por instinto; individuos para quienes un baño es un castigo de igual severidad que el del brasero en los pies del último y heroico emperador azteca; estos son los que dicen—para justificar su falta de . . . baños— que la cás-

CAPITULO VII

cara guarda el *palo*; no obstante tamaña repulsa por la hidroterapia alcanzan años de vida, no sé si porque se petrifican á manera de momias egipcias al cubrirseles los poros con el polvillo que reciben, ó porque se conservan en su jugo como los encurtidos y los chorizos de Extremadura.

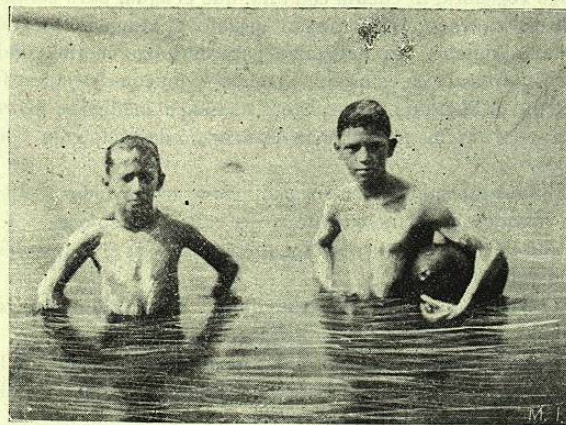
¡Que el agua les sea leve!

Otros se bañan y siempre están sucios; no hay jabón que los destizne ni estropajo que los blanquee; tales son los carboneros que á tarde y á mañana conducen carbón de la orilla del río para abasto de cocinas y expendios de *reverdones*.

En el verano, es el baño pretexto para que los muchachos se escapen de la escuela; cuando así lo hacen—de los siete días de la semana huelgan seis— se juntan en parvadas discuten acerca del lugar más apropiado para zambullirse y no ser vistos por *los policías*—que el serlo sería fenómeno de óptica en el mirar de esos guardianes;—prefieren los callejones distantes del centro de la población, ó la desembocadura del que es temporalmente río del Cabezo: una vez en la orilla, se desnudan en un santiamén, se arrojan de bruces al agua, nadan, se zambullen, patalean, ya en manadas cual patos en días lluviosos, ya diseminados como tropas en dispersión; no se cansan de remojarse y gozan con estos baños de cuatro horas en que no se gastó ni jabón ni estropajo.

El domingo es el día señalado para el baño de aseo; entonces el muchacho que no sabe nadar va, quieras que nó, al río amparado con el auxilio del *tecomate*, por el cual se atreve á chapotear ruidosamente; es remolón para desnudarse y rehacio para introducirse en la rápida corriente; cuando está en pelota se amarra con fuerza el cordón del salvavidas á la cintura, mete la punta del pie al agua... ¡ay! ¡qué fría—grita— y no se arroja al río; uno de los compañeros lo empuja inopinadamente; aquí de las desafortunadas interjecciones y del jurar y maldecir con todas las fuerzas que saca del ánimo la flaqueza humana; otros tienen compañeros que los cuidan y defienden contra bañistas malévolos; así resguardados se atreven á desceñirse el *tecomate*; pero por prevención no lo

dejan de debajo del brazo; se están cerca de la orilla con el agua arriba de la cintura, no distraen la vista de tierra ni ponen distancia entre su compañero; para estos miedosos se-



mejante baño es un tormento en vez de una alegría; pero presto pierden el miedo por el agua y tienen confianza en sus compañeros; entonces se extienden sobre la superficie suspendidos por el *tecomate*, bracean estrepitosamente, se alejan de la orilla, gritan, vociferan, y sufren con paciencia las *jupas* de los muchachos nadadores y audaces que se arriesgan en la corriente para atravesar de un tirón el río con la propia, pero no tan sonada, intrepidez que Leandro y Byron atravesaron el Helesponto; en cambio, existen otros que no se arrojan al Papaloapan ni para ser cristianados por el genuino Bautista; porque temen el río como á elemento y lo rehuyen como castigo; tendremos que concederles razón: el río es imponente, su anchura atrae y su hondura espanta; cuando tiene avenida las débiles embarcaciones son impelidas, á igual que la pluma en el aire, con una velocidad pasmosa, y las grandes son impotentes para combatir con la furiosa y devasta-

dora creciente; sin embargo, no se compadece la falta de baño de ciertos individuos con el amplio caudal de este río; porque quien no se baña en las ondas puede muy sosegadamente hacerlo á domicilio, aunque no disponga de duchas, ni tenga regadera, ni cuente con tina, que el agua, para echarla sobre el cuerpo no pide ningún aparato ni tampoco reclama lujos; la higiene, tan necesaria para nuestro cuerpo, anda muy interesada en esto de los baños; y muchos dejados del tridente de Neptuno toman baños cuando el médico se los receta, cual si ellos fueran cosa de droga ó de r cipe de consultas.

All  los tales, que nosotros pedimos agua por todos los poros cuando agosto inclemente, arde, calienta y sofoca.

 Qu  ligereza la del cuerpo y qué regocijo en el ánimo después del baño!

Y luego el refresco,  qu  grato deja el paladar y qué expedito el estómago!

La *guanábana*, el *posole*, la *piña*, el *palo mulato*, la horchata. . .  qu  refrigerantes son diluidos en un vaso de agua enfriada con hielo!

Nosotros, hijos de está terruño cálido y húmedo, tenemos verano para ocho meses; verano tan prolongado nos obliga á llevar las ropas ligeras y blancas,   traer la cabeza   pájaros,   soplar el cuerpo sudoroso y á tener el cabello húmedo, cuando el polo es un sorbete y nuestro sol  oh sol! un incendiario, verdugo y tirano.

 Uf, qué calor!



Juan Celestino.

ERA Juan Celestino de talla regular, antes alta que baja, enjuto de carnes, tostado de la cara y encallecido de las manos; hombre de fuerte complexión, bien que débil en apariencia; los ojos salientes de las órbitas, con mirada que parecía iracunda por lo marcado del ceño; la frente, ancha y lustrosa, partida en el medio por las hondas arrugas que dejaba el entrecejo; pronunciados los pómulos; la nariz, notablemente aguileña; la barba rala y descuidada, en la cual algunos pelos blanqueaban, y en todo el semblante una fingida severidad velada por un tono general de tristeza; siempre llevó el sombrero de petate   modo de nimbo tirado hacia el cogote, la camisa abierta del cuello y sacada por fuera del pantal n, enrolladas las mangas y puesto al desgaire sobre el hombro el zarape, abrigo para el invierno y almohada para el est o; andaba piernas abiertas, inclinado de cuerpo y suelto de brazos; en la charla era jo-

CAPITULO XIX